

## Política y literatura: la muerte en un país injusto.

**Cándida Elizabeth Vivero Marín**  
Departamento de Letras  
Universidad de Guadalajara

La vinculación entre política y literatura no es un aspecto nuevo, pues ya habido anteriormente varios trabajos que lo abordan entre los que podemos mencionar algunos como son “La política en la literatura. La creación de la imagen pública en Isabel II en Galdós y Valle-Inclán” de Jorge Vilchjes; “Literatura y política en el imaginario social” de Noé Jitrik; “Política y literatura: Sueños y realidades en la España del siglo de Oro” de María de los Ángeles Pérez Samper; o la compilación hecha por el Colegio de Jalisco en el número 90 de su revista *Estudios Jaliscienses*.

No obstante, la relación entre una y otra sigue siendo un tema fructífero e interesante de abordar, ya que nos muestra la manera en la que la literatura es capaz de transformar las ideologías a partir de la recreación de mundos posibles donde la realidad se construye de otras maneras. En el caso particular de este artículo, nos acercamos a dos textos de la literatura mexicana contemporánea, la novela *Las muertas* de Jorge Ibarguengoitia y el cuento “La muerte tiene permiso” de Emundo Valadéz.

Así, la obra de Jorge Ibarguengoitia se caracteriza por un empleo constante de la ironía y el humor negro; mientras que la de Edmundo Valadéz, por la denuncia y el compromiso social. En ambos, la figura de la muerte cobra una gran importancia al marcar los destinos y las acciones de varios de sus personajes, tal como sucede en los textos arriba señalados. De igual forma, en los dos textos se hace presente la política que, dicho sea de paso, podemos identificar en nuestras letras desde los primeros textos que la conforman. Si bien podríamos decir que incluso desde el diario de Cristóbal Colón o las crónicas de los conquistadores, es posible hacer un análisis de la manera en la que política se encuentra implicada tanto a nivel de la motivación de su producción como de la argumentación que presentan, el objetivo de este artículo es comentar algunos rasgos de las obras antes mencionadas con el fin de reflexionar en torno a la actualidad que cobran los dos textos al referirse a un México corrupto a todos los niveles que no logra salir del círculo autodestructivo en el que ha caído. Por ello, en este artículo no realizaré una reseña de las dos obras, sino que trazaré algunas rutas de reflexión sobre las que el lector pueda regresar en su propio análisis de la realidad que lo rodea.

## IRONÍA Y HUMOR NEGRO

En primer lugar, quiero destacar el uso de la ironía y el humor negro que atraviesan los textos de Ibargüengoitia y Valadés. En un sentido amplio, comenzaré diciendo que la ironía, en tanto tropo que se emplea, al igual que el resto de las figuras retóricas, para utilizar las palabras en sentido distinto del que les corresponden, se presenta en los textos de ambos autores para plantear de manera mucho más contundente la crudeza de la realidad a la cual están haciendo referencia y de la que se están basando para ficcionalizar un hecho específico. En el caso de Ibargüengoitia, el asunto de las Poquianchis lo traslada de una situación real a una ficticia, donde la diégesis cobra una importancia especial al enunciarse de manera explícita en palabras del propio autor: "Algunos de los acontecimientos que aquí se narran son reales. Todos los personajes son imaginarios" (Ibargüengoitia, 1992: 7). Como podemos observar, la realidad es tomada como fuente para recrear un mundo ficticio que, sin embargo, adolece de un sistema judicial, político y social igualmente corrupto que al referido. Esto es, y tal como se plantea entorno a la ironía, para que dicho tropo surta el efecto deseado, es imprescindible que el lector conozca de antemano el contexto y su referente para que se pueda crear la ruptura y se pueda orientar el sentido del texto hacia una dimensión mayor que el meramente expresado por medio de las palabras. Así, por ejemplo, en varios momentos de la narración Ibargüengoitia recurre a esta figura para provocar en el lector un efecto risible que se sitúa en el humor negro y que tiende, como es su propósito, a criticar la doble moral de México. De esta manera leemos:

La receta dice: aplicar las planchas bien calientes, en la manta humedecida, sobre el lado paralizado de la enferma, hasta que la manta adquiera un color café oscuro.

Al principio pareció que la curación iba a tener éxito. La enferma no sólo gritó con más coherencia que la que había tenido al hablar en los últimos meses, sino que al serle aplicadas las planchas se notó que movía músculos que habían estado inmóviles mucho tiempo. Después, la enferma perdió el conocimiento. Las que la curaban trataron de hacerla volver en sí dándole un poco de CocaCola [...]. (Ibargüengoitia, 1992:90)

Esta escena, cruel hasta el extremo, se nos presenta risible por varios motivos: el primero, se plantea en un contexto de ignorancia en la comprensión de las instrucciones de curación por parte de los personajes, lo cual disminuye, por llamarlo de alguna manera, la carga de culpabilidad en el acto de tortura que se

realiza; el segundo, se comenta la presumible mejora de la enferma al gritar y mover ciertos músculos que antes no hacía, por lo que esta suerte de “disculpa” vuelve a restar la seriedad y dramatismo a la escena; el tercero, el tratar de reanimar a la enferma al darle un poco de Coca Cola, nos remite necesariamente al contexto inmediato de reanimación de un enfermo por medio de esta bebida que, en México, es popular y cuyo uso con esta connotación terapéutica es frecuente y cotidiano. De ahí que el humor negro, por medio de esta ironía y sarcasmo, le resta dramatismo a un acto cruel, inhumano y sórdido que se desenvuelve en un contexto de abuso, trata de personas y degradación moral. Ibarguengoitia, por lo tanto, emplea el humor para confrontar al lector con un mundo corrompido donde las autoridades se venden con facilidad, la religiosidad no contribuye a un crecimiento ético y espiritual sino que se emplea en ocasiones como arma de hipocresía por medio de la cual se regentea a las jóvenes, y la justicia cierra los ojos ante los crímenes:

Después de eliminar la idea de despedir a las mujeres, Serafina y el capitán discutieron dónde llevarlas mientras volvía a funcionar el México Lindo [...]. La solución que adoptaron fue ilegal pero sencillísima: salir de un burdel clausurado para entrar en otro burdel clausurado. Decidieron llevar a las mujeres al Casino del Danzón, una casa con todas las comodidades, quince cuartos, en donde podrían pasar dos o tres meses sin que nadie las viera. Los sellos que había en las puertas no había necesidad de romperlos, porque se podía entrar en la casa brincando por la azotea de la de junto, que era de la señora Aurora Benavides, una mujer de buen corazón que no les podía negar un favor a las hermanas Baladro. (Ibarguengoitia, 1992: 68)

En este breve pasaje, se reitera la ironía al señalar que la autoridad está coludida con los actos de corrupción al propiciar ella misma la violación de los sellos de clausura en otro burdel. La doble moral también vuelve a aparecer al señalar que con la ayuda de una de las vecinas del pueblo, se podrán ocultar durante un tiempo sin ser descubiertas. El sintagma “la señora Aurora Benavides, una mujer de buen corazón” cumple la función de provocar este quiebre ya que si estamos ante una mujer noble, podríamos suponer que acata las normas y las convenciones sociales, por lo que al prestarse a un acto ilegal, se crea una paradoja entre lo correcto y lo incorrecto que parecen ser lo mismo en este caso. La señora Benavides no distingue, pues, entre un acto de caridad sin implicaciones jurídicas de otro que sí las tiene y que, en

consecuencia, sería la antítesis a un acto inocente. Este desdibujamiento de las fronteras entre lo permitido y lo no permitido, reafirma el acto de corrupción enunciado en la primera línea: “Serafina y el capitán discutieron dónde llevarlas”, esto es, desde el principio de la oración tenemos la comprobación de un hecho que rompe con el orden, ya que la misma autoridad, representada por el capitán, se presta a una serie de tratos ilegales con Serafina, la dueña del burdel. De entrada, tenemos una serie de acciones violatorias que se irán confirmando a través del plan que trazan (salir de un burdel clausurado para irse a otro igualmente clausurado, infringir la ley al meterse al inmueble a través de la azotea, permanecer ocultos durante unos meses a la mirada de las autoridades), por lo que la ayuda recibida por parte de la señora Benavides no hace sino reconfirmar el proyecto de corrupción que se ha perfilado. Sólo se añade, como ya se mencionó anteriormente, el elemento irónico para provocar de nuevo un efecto risible y restarle la seriedad a esta serie de acontecimientos transgresores.

Ahora bien, en el caso de Valadés, la ironía vuelve a poner de manifiesto la corrupción y los actos de prepotencia de las autoridades en un poblado rural. Ciertamente, a diferencia de Ibargüengoitia, Valadés hace uso de una narración directa y contundente al describir, por ejemplo, la visión que los ingenieros y el presidente municipal tienen de los campesinos como de un grupo de animales indómitos:

El presidente, mientras se atusa los enhiestos bigotes, acariciada asta por la que iza sus dedos con fruición, observa tras sus gafas, inmune al floreteo de los ingenieros. Cuando el olor animal, terrestre, picante, de quienes se acomodan en las bancas, cosquillea a su olfato, saca un paliacate y se suena las narices ruidosamente. Él también fue hombre del campo. Pero hace ya mucho tiempo. Ahora, de aquello, la ciudad y su posición sólo le han dejado el pañuelo y la rugosidad de sus manos (Valadés, 200: 7-8).

Como se puede observar, el presidente ha dejado atrás, a través del proceso civilizatorio originado por la ciudad, su estado bárbaro y animalizado que aún caracteriza a los campesinos. El olor de las bestias, como se presenta la imagen de los campesinos, resulta desagradable y nos habla de una esencialidad, ya que lo animal se transpira por la piel, contrario a lo que sucede con los ingenieros y el propio presidente que, de acuerdo con esta oración, habrían transformado su olor corporal en algo mucho más agradable en tanto que

se encuentran en una escala de evolución mayor. De esta forma, la ciudad y el ascenso social y político, le han dejado al presidente sólo un par de vestigios de su pasado: el pañuelo, símbolo de estatus social que, en este caso, representa junto con las manos rugosas el arduo trabajo físico del campesino bajo el sol y en medio de la tierra. Así, el presidente se ha distanciado de esa parte terrestre, donde se ubican los campesinos (y que por ende se ligan a la naturaleza salvaje), pero no ha logrado desligarse por completo de su pasado que le imprime las marcas de lo que fue alguna vez: un hombre de campo.

Ahora bien, el uso de la ironía vuelve a aparecer para romper con el sentido de pasividad, sumisión y obediencia extrema que recorre al grupo de hombres campesinos. La ironía, planteada al final del relato, rompe con el campo semántico de indefensión total que se maneja a lo largo de la historia y el cual está marcado por las frases: “Ni no contestaron”, “de nada valieron las vueltas”, “nos cobró a la fuerza”, “nos robaron dos muchachas”, entre otras. Este desarrollo de mansedumbre extrema, provocada por la falta de justicia y por la corrupción de las autoridades, así como por el autoritarismo del Presidente Municipal, se trastoca al concluir:

-Se pone a votación la proposición de los compañeros de San Juan de las Manzanas. Los que estén de acuerdo en que se les dé el permiso para matar al Presidente Municipal, que levanten la mano...

[...]

-La asamblea da permiso a los de San Juan de las Manzanas para lo que solicitan.

Sacramento, que ha permanecido en pie, con calma, termina de hablar. No hay alegría ni dolor en lo que dice. Su expresión es sencilla, simple.

Pos muchas gracias por el permiso, porque como nadie nos hacía caso, desde ayer el Presidente Municipal de San Juan de las Manzanas está difunto” (Valadés, 2000: 13).

El permiso al que se alude es irónicamente solicitado por el grupo de hombres en voz de su representante Sacramento, pues en realidad ya han actuado con su propia mano y han dado muerte al Presidente Municipal. El otorgamiento del permiso, tras una serie de reflexiones que evidencian aún más el estado de injusticia padecido por los campesinos, sólo sirve para legitimar la acción de los campesinos y

establecer en el lector un pacto de solidaridad con los personajes, tal como sucede con los ingenieros que aceptan otorgarles dicho permiso. Aquí, la ironía sirve para trastocar la figura tradicionalmente atribuida a los campesinos de gente pasiva e ignorante de sus derechos, con lo cual se resalta el crimen y las causas que lo provocan.

## LA MUERTE EN UN PAÍS INJUSTO

A la ironía y al humor negro se añade la segunda intención de Ibarguengoitia y de Valadés, a saber: la creación de una metáfora de la muerte de México, al poner de manifiesto situaciones dramáticas donde los excluidos son víctimas de toda clase de crímenes que se encubren fácilmente a través de la compra de autoridades, al tráfico de influencias y al compadrazgo. La muerte alude entonces tanto a una muerte real como simbólica: los marginados, como en el caso de las muchachas regentadas por las hermanas Baladro como por el hijo de Sacramento, mueren irremediabilmente en esta red de perversión y su voces se ahogan clamando justicia; pero también la muerte del país se simboliza al denunciar la decadencia social en cuanto a la falta de ética y la nula moral de autoridades, y de algunos ciudadanos:

Una de las partes oscuras de esta historia es que dos personas tan orgullosas de su honorabilidad como el matrimonio Pinto hayan accedido a servir de carceleros, sin oponer la menor resistencia. La explicación parcial de este enigma puede estar en el cheque de dos mil pesos, girado sobre la cuenta de Arcángela Baladro, que Teófilo hizo efectivo en el Banco de Abajo, en Pedrones, el día 3 de noviembre. A partir de esa fecha, no hay constancia de que Teófilo haya tratado de contratar nuevos peones. (Ibarguengoitia, 1992: 118).

-Quiero hablar por los de San Juan de las Manzanas. Traimos una queja contra el Presidente Municipal que nos hace mucha guerra y ya no lo aguantamos. Primero les quitó sus tierras a Felipe Pérez y a Juan Hernández, porque colindaban con las suyas. Telegrafiamos a México y ni nos contestaron. Hablamos los de la congregación y pensamos que era bueno ir al Agrario, pa la restitución. Pos de nada valieron las vueltas y los papeles, que las tierritas se le quedaron al presidente municipal. (Valades, 2000: 10)

En efecto, el desprecio de los ingenieros, por un lado, y de la perversión de las hermanas Baladro, por el otro, también apuntan a una crítica social donde los ciudadanos son copartícipes y corresponsables de la degradación moral. Si bien las autoridades son retratadas como figuras corrompidas por el poder y la sed de dominación, también es verdad que los ciudadanos contribuyen a que dichas autoridades sigan actuando de esa manera. Los ingenieros se burlan de la ignorancia de los campesinos, los catalogan de incivilizados y animalizados, los desprecian por su falta de elocuencia; mientras que las Baladro juegan su papel de mujeres ignorantes, atadas a la religiosidad popular, pero que saben comprar los favores de generales, policías y políticos. Unos y otros son cómplices de la injusticia sufrida por los campesinos y las jóvenes, quienes, dicho sea de paso, son retratados en un arquetipo de ingenuidad que finalmente se rompe gracias a la ironía. Así, ambos autores juegan con estas representaciones casi arquetípicas para demostrarnos la corresponsabilidad de la sociedad en la corrupción de México a todos los niveles, y el empoderamiento que los marginados realmente tienen. Nada, en ambos textos, es completamente inocente y aun las víctimas pueden convertirse en victimarios.

Por lo anterior, podríamos decir que la muerte, anunciada además desde los títulos de los dos textos, se presenta a nivel de las relaciones humanas cargadas de autoritarismo, desprecio absoluto por la dignidad del otro, y rencor y odio provocado por lo sufrido a manos del dominador. México, en este sentido metafórico, se encuentra realmente muerto en tanto que su propia gente se aniquila a sí misma de múltiples maneras, propiciando con ello un deterioro paulatino de la sociedad en todos los sectores y estratos. La muerte, así entendida, tiene permiso efectivamente para cavar una zanga que aún hoy parece no tener fin, pues los mismos problemas humanos, sociales, políticos y judiciales que ambos autores denuncian, se siguen presentando de continuo en nuestro entorno.

## CONCLUSIÓN

Para concluir este comentario, me gustaría señalar que tanto en el caso de la novela *Las muertas*, como en el cuento "La muerte tiene permiso", se puede detectar la intención de los autores por denunciar la falta de solidaridad con los desprotegidos, el afán de beneficiarse a costa de los bienes, trabajo y esfuerzo de otros, el desprecio de quienes se asumen en más alta posición económica y social hacia los de abajo, y sobre todo la

corrupción que se encuentra instalada y permea las relaciones personales, familiares y sociales. México, en este escenario de muerte, se encuentra atrapado en una red que se ha ido tejiendo a lo largo de siglos y de la que difícilmente podrá salir si no se transforman las conciencias, las mentalidades y los corazones de quienes lo habitamos. Sólo espero que, un día, podamos resucitar realmente.

## BIBLIOGRAFÍA

Cirlot, Juan-Eduardo (1994). *Diccionario de símbolos*, 3ª ed., s.l., Labor.

Ibargüengoitia, Jorge (1992). *Las muertas*, México, Joaquín Mortíz.

Spang, Kurt (1979). *Fundamentos de retórica*, Pamplona, Eunsa.

Valadez, Edmundo (2000). "La muerte tiene permiso", en su libro *La muerte tiene permiso*, México, Fondo de Cultura Económica (col. Popular), pp. 7-13.

## HEMEROGRAFÍA REFERIDA:

*Estudios Jaliscienses* (2012), Guadalajara (Méx.) Colegio de Jalisco, número 90.

Jitrik, Noé. (1985). "Literatura y política en el imaginario social", en *Discurso*, año 2, enero-abril, México, UNAM-Colegio de Ciencias y Humanidades, pp. 47-68.

Pérez Samper, María de los Ángeles. "Política y literatura: Sueños y realidades en la España del siglo de Oro", en [www.uv.es/dep235/PUBLICACIONES\\_III/PDF171.pdf](http://www.uv.es/dep235/PUBLICACIONES_III/PDF171.pdf), consultado el 25 de noviembre de 2012.

Vilches, Jorge. "La política en la literatura. La creación de la imagen pública en Isabel II en Galdós y Valle-Inclán", en [www.historiacontemporanea.ehu.es/s0021-con/es/.../33\\_16.pdf](http://www.historiacontemporanea.ehu.es/s0021-con/es/.../33_16.pdf), consultado el 25 de noviembre de 2012.